THE ATLANTEAN SHADOW



WHAT WOULD YOU DO TO STAY HUMAN?

BRIAN MONTEER

THE AWAKENED · LIBRO UNO

Capítulo uno · Muestra gratuita en español

CAPÍTULO UNO

La sangre llama a la sangre

The Awakened, Libro Uno · Capítulo uno · Traducción al español (Latinoamérica)

Elara Voss despertó con sabor a agua salada y a sangre.

No en sentido figurado. No en la niebla a medias recordada de una pesadilla. Despertó con el gusto a cobre de la sangre cubriéndole la lengua y el mordisco mineral del agua de mar quemándole el fondo de la garganta, y durante tres segundos terribles no pudo recordar dónde estaba ni qué era.

La tienda fue tomando forma lentamente a su alrededor: las paredes de lona ondulando con el viento que llegaba de la costa turca antes del amanecer, el resplandor naranja de su linterna de campamento al mínimo, el peso familiar de la bolsa de dormir enredada en sus piernas. Real. Normal. Seguro.

Salvo por el agua.

Tres semanas atrás, su mayor preocupación había sido la reunión del departamento sobre el plan de estudios del año siguiente. Había discutido con el doctor Whitfield sobre agregar un componente práctico de trabajo de campo al curso introductorio de segundo año. Habían llegado a un acuerdo con un café malo en la sala de profesores, y ella había sentido que ganaba algo.

Ahora no podía recordar qué se sentía al ganar.

La almohada estaba empapada, y cuando se tocó la cara los dedos le quedaron mojados. No era sudor. La humedad tenía la viscosidad equivocada, el olor equivocado. Se llevó la mano a la nariz e inhaló: salmuera. Océano. Como si hubiera estado nadando en aguas profundas mientras dormía, aunque el Mediterráneo quedaba a casi un kilómetro y ella había estado inconsciente durante ocho horas.

Las sábanas estaban húmedas de lo mismo. Tenía el pelo pegado al cráneo. La sal se había cristalizado en las comisuras de sus ojos y en el hueco de su garganta. Parecía una ahogada.

Y debajo de la confusión y del miedo que avanzaba había algo peor: una sed que no tenía nada que ver con el agua. Le trepaba desde algún lugar del pecho como una cosa física con garras, un dolor que le hacía doler los dientes y le apretaba los músculos de la mandíbula. La clase de sed que no podía saciarse con nada que ella estuviera dispuesta a nombrar.

Afuera, algo chapoteó en la oscuridad. Demasiado cerca de la excavación. Demasiado deliberado para ser olas.

Elara contuvo la respiración. Las paredes de lona ondularon y luego se quedaron quietas. El viento había muerto por completo. Y en el silencio repentino pudo oírlo: un sonido como una respiración,

húmeda y paciente, rodeando su tienda.

Luego nada. Solo el murmullo lejano del Mediterráneo y su propio corazón retumbándole en los oídos.

La doctora Elara Voss —treinta y cuatro años, profesora de arqueología en camino a la titularidad en la Universidad de Columbia, mujer de ciencia y de razón— se quedó sentada en su tienda, en la madrugada turca, esforzándose mucho por no pensar en lo que todo aquello podía significar.

. . .

Los sueños estaban empeorando.

Tres meses atrás habían empezado como impresiones vagas: nadar en la oscuridad, voces cantando en un idioma desconocido. Se había dicho que eran sueños de estrés, la ansiedad por la expedición manifestándose mientras dormía. Pero cada noche se volvían más vívidos. Más específicos. Más reales.

El de anoche había sido el peor hasta ahora.

Había caminado por cámaras talladas en roca viva, con paredes cubiertas de símbolos que brillaban con luz propia, latiendo al ritmo de algo que podía ser su corazón o podía ser el de otra cosa por completo. Los símbolos se movían mientras ella los miraba, cambiando y fluyendo como seres vivos, escribiéndose en configuraciones nuevas que su mente consciente no podía leer pero que algo más profundo entendía a la perfección.

En el centro de la cámara, un estanque. No era agua. Algo más espeso, más oscuro, que se movía con corrientes que no tenían nada que ver con el viento ni con la marea. Algo que tenía un propósito.

En el sueño se había acercado, arrastrada por una compulsión a la que no podía resistirse, y cuando miró a las profundidades había visto rostros. Cientos. Miles. Subiendo desde la oscuridad como cadáveres que flotan hasta la superficie de un lago, con los ojos abiertos, conscientes y hambrientos.

Sus bocas se habían movido al unísono, hablando en un idioma que ella no debería entender pero entendía, con el significado grabándose directamente en su mente: Hermana. Hija. Sacerdotisa. La sangre recuerda. Vuelve a casa, al agua. Vuelve a casa, con nosotros.

Y entonces uno de los rostros había subido a través de la superficie, con la mano rompiéndola con un sonido como de seda que se rasga, los dedos alargados y rematados en algo que podían ser garras, y la había tocado...

Ahí fue cuando despertó. Jadeando. Empapada. Con sabor a sal y a cobre.

Elara buscó el teléfono a tientas. 4:47 de la madrugada. Encendió la linterna y se miró en el espejito que guardaba junto a su bolsa de aseo.

Sus ojos estaban mal.

Solo por un instante —menos de un segundo, apenas lo suficiente para registrarlo— la luz de la lámpara los alcanzó en ángulo y ellos la devolvieron con un brillo opalescente, como aceite sobre el agua o las escamas de un pez atrapado por el sol. Una ondulación iridiscente que no debería existir en tejido humano.

Parpadeó con fuerza. El efecto desapareció. Solo sus ojos normales mirándola de vuelta: castaño oscuro, enrojecidos por la falta de sueño.

Pero lo había visto. Y no era la primera vez.

. . .

El diario de su abuela estaba en su bolso de campo.

Lo había traído a pesar de saber que era irracional, a pesar de que toda su formación profesional le gritaba que una expedición arqueológica no se basa en misterios de familia ni en advertencias crípticas de parientes muertos. Elena Castellanos había sido antropóloga antes de que el matrimonio terminara con su carrera en los años sesenta. El diario había estado escondido en un cajón bajo llave, y solo apareció cuando Elara y su madre ordenaron la herencia después del funeral, dos años atrás.

Su madre había intentado quitárselo. De hecho se lo había arrancado de las manos de Elara con una violencia desesperada. «No lo leas», había dicho Maria Voss, con la voz tensa y extraña. «Déjame quemarlo. Mi madre no estaba bien al final».

Pero Elara no lo soltó. Se quedó despierta hasta las tres de la mañana leyendo cada palabra. Y lo que encontró no fueron los desvaríos confusos de una mente en deterioro. Era preciso. Metódico. Aterrador.

Su abuela había pasado décadas rastreando a unas criaturas a las que llamaba Aqueos —los Ahogados, sacerdotes de la Atlántida que habían hecho un pacto con algo de los lugares profundos y se habían transformado en algo capaz de sobrevivir al cataclismo—. Había escrito sobre un organismo que el profesor Vanderpool, de la Universidad de Blackmore, creía anterior a la Tierra misma, algo que había llegado a las fosas oceánicas desde algún lugar más allá de las estrellas. Había documentado sus propios encuentros con esas cosas. Su propio vínculo de sangre con ellas.

Un pasaje estaba marcado con una cinta, con la página doblada como si su abuela hubiera querido que alguien lo encontrara:

Atenas. 15 de junio de 1968.

Hoy me encontraron. Después de cuarenta y tres años huyendo, uno de ellos me encontró en la Plaka. Parecía humano. Los turistas pasaban a su lado sin mirarlo dos veces. Pero yo supe lo que era en el momento en que nuestros ojos se cruzaron. El brillo. Ese destello opalescente que marca a los nuestros, a los que llevamos la sangre antigua, queramos o no.

Me habló directamente en la mente: «Hermana. Hija. La sangre llama a la sangre. No puedes huir para siempre».

Le dije que yo había rechazado la transformación. Que había elegido la humanidad.

Sonrió. Fue lo más terrible que he visto en mi vida. «No hay rechazo posible», dijo. «La sangre recuerda lo que la mente olvida. La línea de Lyera no termina: se transforma».

Y había dejado una advertencia para quien viniera después de ella:

Primero empezará la sed. Luego los sueños. Luego los cambios físicos. Cuando tu reflejo empiece a brillar, cuando despiertes con sabor a sangre y a sal, entonces sabrás que ha comenzado. Huye si puedes. Pelea si debes. Pero hagas lo que hagas, no entres al agua.

Afuera de la tienda, aquel sonido de respiración húmeda volvió. Más cerca ahora.

El teléfono de Elara vibró. Un mensaje de Jenna Torres, su estudiante de posgrado:

Buenos días, profe. El café está listo. Además, ¿oyó algo anoche? Algunos creímos oír cantos desde la costa como a las 2 de la mañana. Seguro eran pescadores, pero fue... raro.

Cantos. Desde la costa. A las 2 de la mañana. La misma hora en que ella soñaba con voces que la llamaban hermana.

Respondió: Llego en 20. Y Jenna: no te acerques al agua sola. Díselo a los demás también. Lo digo en serio.

Envió el mensaje antes de poder arrepentirse. Porque en algún lugar profundo de sus huesos, en ese sitio donde la sangre recordaba lo que la mente intentaba olvidar, sabía que los estaban observando.

Y lo que los observaba ya no era humano.

A las tres de la tarde, Elara casi se había convencido de que lo había imaginado todo.

El día había sido brutal y mundanamente normal. Ocho horas excavando la cuadrícula F-7, retirando con cuidado la arena de fragmentos de cerámica y de herramientas de bronce corroídas. Jenna Torres lo había documentado todo con su minuciosidad característica: fotografías, bocetos, coordenadas GPS, notas de campo detalladas que serían la columna vertebral de su primera publicación. David Chen había fotografiado el kílix que desenterraron el día anterior, una copa de la Edad del Bronce tan bien conservada que ni los colegas más escépticos de Elara podrían descartarla.

Nada inusual. Nada sobrenatural. Solo arqueología.

Había visto a su equipo trabajar con la eficiencia que había hecho de esta expedición la mejor de su carrera. Jenna Torres, veintiséis años, terminando su tesis sobre las rutas comerciales marítimas de la Edad del Bronce: brillante, meticulosa, confiando por completo en su profesora. Guardaba una foto de su gato, un atigrado naranja y gordo llamado Profesor Bigotes, pegada en el interior de la tapa de su caja de equipo. Hablaba de él como otros hablan de sus hijos. David Chen, veintiocho años, cuya fotografía arqueológica ya había aparecido en tres revistas importantes: talentoso, dedicado, sin la menor idea de que la líder de la expedición escondía secretos que desafiaban toda explicación racional.

Porque esa era la verdad que Elara nunca le había contado a nadie: su asombrosa habilidad para localizar artefactos importantes no era suerte ni intuición. Era otra cosa. Algo que llevaba haciendo toda la vida.

Lo había sentido de nuevo esa mañana, al manipular el kílix con guantes. Ese zumbido eléctrico de la historia esperando ser leída. Incluso a través del nitrilo podía percibir el pasado del objeto: las manos que lo moldearon, los labios que bebieron de él, el viaje que lo trajo hasta aquí. Si lo tocaba con la piel desnuda, lo vería todo. Siempre pasaba.

Psicometría, lo llamaban algunos parapsicólogos. La capacidad de leer la historia de los objetos a través del tacto. Elara lo llamaba su maldición. Había construido toda su carrera académica sobre esa capacidad mientras fingía que no existía, usándola para guiar su investigación mientras sostenía la ficción de que simplemente era excepcionalmente intuitiva. Un fraude. Un fraude muy exitoso con un puesto en camino a la titularidad en Columbia, pero un fraude al fin.

Y últimamente la capacidad se había vuelto más fuerte. Más insistente. Más difícil de controlar.

El día anterior había tocado la pared del acantilado sin pensar y lo había sentido: un destello de manos tallando símbolos en la piedra. No manos de la Edad del Bronce. Algo más antiguo. Algo malo. Dedos demasiado largos. Uñas demasiado afiladas. Piel que brillaba con una humedad que no era sudor.

Había apartado la mano antes de que nadie lo notara. Pero la imagen la acompañó todo el día.

. . .

Le dijo al equipo que necesitaba revisar el perímetro. No era del todo mentira.

Pero la verdad era más simple: necesitaba enfrentarse al agua. Necesitaba demostrarse a sí misma que era solo un océano, solo física y química, nada más siniestro que las mareas.

El sendero a lo largo del acantilado bajaba serpenteando hacia una cala pequeña que los estudios preliminares habían marcado como de baja prioridad. Demasiado expuesta a las marejadas. Erosión severa. No valía el esfuerzo.

Pero mientras Elara seguía el sendero, el tirón se hacía más fuerte a cada paso. No era metafórico. No era psicológico. Era físico, como una corriente que le recorría el torrente sanguíneo y la arrastraba hacia adelante. Como si algo en la cala la llamara y su cuerpo respondiera a nivel celular, por encima del pensamiento consciente.

La cala se abrió ante ella como una mano ahuecada, con paredes de caliza de diez metros por tres lados y pozas de marea dispersas entre las rocas. Ordinaria. Exactamente lo que el estudio había predicho.

Salvo por el olor.

La golpeó mientras bajaba: dulce, orgánico y equivocado. Como flores dejadas demasiado tiempo en agua estancada. Como algo que había sido hermoso alguna vez pero que en la oscuridad se había transformado en otra cosa por completo. Y debajo: cobre. Sangre.

Algo había muerto allí hacía poco.

Ya estaba dando media vuelta cuando el ángulo del sol cambió. Y vio la sombra.

No una simple sombra. No la oscuridad normal que proyecta una roca saliente. Esta era absoluta: una oscuridad en la pared del acantilado que la luz de la tarde no podía penetrar, como si la sombra misma tuviera sustancia y se resistiera activamente a ser iluminada.

La entrada de una cueva. Oculta por un saliente que la hacía invisible desde cualquier otro ángulo.

El miedo la golpeó como un puño. Un miedo crudo, primitivo, de cerebro reptil, que le hizo querer correr, que hizo que cada instinto gritara peligro.

Pero no corrió. Porque debajo del miedo había otra cosa. Reconocimiento. Esto era lo que la había estado llamando. Esta oscuridad. Este mal. Fuera lo que fuera, su sangre lo conocía.

Avanzó con cuidado entre las rocas. Pasó los dedos desnudos por el borde de la abertura sin pensarlo.

Y sintió la descarga eléctrica del saber golpeándole la mente:

Manos. Cientos de manos. Trabajando en la oscuridad, en secreto, tallando la caliza sólida durante siglos. No manos humanas. Los dedos eran demasiado largos. Las uñas demasiado afiladas. Y no se apartaban del agua salada que habría quemado la piel humana. La recibían. La bebían. Se alimentaban de ella...

Elara retiró la mano de golpe, jadeando. La visión se cortó y la dejó mareada y con náuseas.

Los Aqueos. El diario de su abuela les había puesto nombre. Esto había sido obra suya. Su templo. Su guarida.

Debería irse. Alejarse de este lugar tanto como fuera humanamente posible.

Pero el tirón era abrumador ahora, tan fuerte que casi dolía. Como si algo dentro de la cueva llamara a algo enterrado en lo profundo de su ADN. Lo mismo que le permitía leer los objetos. Lo mismo que llevaba meses despertando dentro de ella.

Cinco minutos, se dijo. Solo cinco minutos para ver qué hay adentro. Para demostrar que todo esto no es más que un delirio paranoico y una enfermedad mental heredada.

Sacó el teléfono. Sin señal. Por supuesto que no la había.

Encendió la linterna y se metió por la abertura.

. . .

El aire cambió de inmediato: perdió su dejo de sal y tomó el olor de las criptas selladas y del tiempo profundo, de espacios que llevaban milenios respirando el mismo aliento. Y debajo, ese olor dulce y

orgánico, más fuerte ahora, mezclado con cobre y con algo químico que su mente quería clasificar como conservante pero que no coincidía del todo con ningún conservante que conociera.

El pasadizo era estrecho, apenas lo bastante ancho para sus hombros. Avanzó de lado, arrastrando los pies, con las manos apoyadas en una roca fría y resbaladiza por la humedad.

Tres metros. Seis. La luz del teléfono apenas penetraba la oscuridad de adelante, como si algo en el aire mismo absorbiera los fotones.

Nueve metros. El pasadizo se abrió sin aviso a una cámara, y a Elara se le cortó el aliento.

El espacio era más o menos circular, de unos diez metros de diámetro, con un techo que subía hacia una oscuridad que su luz no alcanzaba. Las paredes estaban cubiertas de tallas tan intrincadas que no podían haberse hecho con herramientas de la Edad del Bronce: habrían requerido instrumentos que aún no se habían inventado, una precisión que hablaba de una paciencia sobrenatural o de algo más allá del oficio humano. Figuras con túnicas elaboradas rodeaban lo que parecía un altar. Patrones geométricos se entretejían con escenas que su psicometría ya empezaba a interpretar incluso a través del aire, sin contacto: sacrificio, transformación, pacto. Cuerpos bajados al agua. Bocas abiertas en canto o en grito. Manos que se alzaban desde la oscuridad.

Pero fue el símbolo central el que le hizo olvidar respirar.

Dominando la pared del fondo, tallado en casi un metro de ancho: círculos concéntricos partidos por una línea recta, rodeados de caracteres en una escritura que debería haberle resultado desconocida. Completamente desconocida. Ningún erudito humano había descifrado jamás ese idioma.

Salvo que ella podía leerlo. No porque lo hubiera estudiado. Podía leerlo como se lee la lengua materna, sin traducción consciente, con el significado llegando entero y terrible:

AQUÍ SE SELLA EL PACTO
AQUÍ SE ENTREGA LA SANGRE
AQUÍ PERDURA LA LÍNEA DE LA SACERDOTISA
HASTA QUE LAS ESTRELLAS VUELVAN A SUS LUGARES SEÑALADOS
Y LOS AHOGADOS SE ALCEN DE NUEVO

Le temblaban las manos cuando levantó el teléfono para fotografiar el símbolo. Era esto. La prueba de una civilización anterior a los griegos. La evidencia que validaría cada riesgo que había corrido, cada teoría que sus colegas habían descartado. Esto salvaría su carrera: demostraría que no estaba loca, que no era un fraude, que no se limitaba a adivinar con suerte.

El flash iluminó la cámara durante una fracción de segundo, y en ese instante de luz brillante las figuras talladas parecieron moverse. Las cabezas girando hacia ella. Las bocas abriéndose.

Ahí fue cuando vio el cuerpo.

Durante un largo momento su cerebro se negó a procesarlo. No debería haber un cuerpo aquí. No en una cámara sellada que nadie había perturbado en miles de años. No con ropa moderna.

Saco oscuro. Zapatos caros. Una camisa blanca manchada con algo que se había secado en patrones irregulares sobre el torso. Reciente.

El cadáver yacía contra la pared del fondo: un hombre de mediana edad, con los brazos colocados detrás de la espalda como si hubieran estado atados. Marcas profundas de ligadura alrededor del cuello.

Asesinato. Estaba mirando un asesinato.

El teléfono se le resbaló de los dedos. La cámara se hundió en una oscuridad absoluta, y cada horror que había imaginado en su vida se cerró a su alrededor. Podía oír su propio corazón, su respiración

entrecortada rebotando en las paredes de piedra. Y algo más: un sonido como de líquido goteando, o como algo que respiraba con pulmones que habían aprendido a procesar agua en lugar de aire, o como pasos, suaves, húmedos y pacientes, avanzando hacia ella a través de la oscuridad.

Buscó el teléfono a tientas. Lo encontró. Volvió a levantar la luz con unas manos que no dejaban de temblar.

El haz barrió el cuerpo otra vez, y esta vez vio lo que antes se le había escapado.

Tenía el antebrazo izquierdo al descubierto, con la manga arrancada. Y tallado en la carne estaba el mismo símbolo que dominaba la pared de la cámara. Podía leer la herida como leía todo lo demás: los bordes desgarrados donde él se había sacudido, superficiales donde el agotamiento le había robado las fuerzas. Heridas defensivas marcaban su otra mano, con los dedos doblados en ángulos imposibles donde había intentado defenderse. Lo habían tallado despacio. Deliberadamente. Querían que sintiera cada trazo. Querían que entendiera lo que estaban escribiendo en su carne mientras gritaba.

Pero había más. Los canales tallados en el suelo —las ranuras que había creído decorativas— llevaban hasta el cuerpo como arterias convergiendo en un corazón. Y alrededor del cadáver, en un círculo perfecto, el suelo estaba mojado.

No con agua.

Con sangre. Lo bastante fresca para no haberse secado del todo. Lo bastante fresca para que quien lo hubiera hecho no pudiera estar lejos. Podía seguir aquí.

Y en esa sangre alguien había dibujado símbolos. Símbolos nuevos, distintos de las tallas antiguas, trazados con un cuidado meticuloso en patrones que su mente horrorizada empezaba a leer, quisiera o no.

Los símbolos brillaban: no en sentido figurado, no como un truco de la luz, sino con una bioluminiscencia fría como la de las criaturas de las profundidades, como si algo vivo en la sangre misma estuviera ardiendo. Y mientras ella miraba, se movieron. Cambiaron y fluyeron como escritura viva, reescribiéndose en configuraciones nuevas.

Exactamente como en sus sueños.

Elara retrocedió hacia el pasadizo. Su mente le gritaba que corriera...

Ahí fue cuando lo oyó.

Cantos.

Desde algún lugar más profundo de la cámara, desde pasadizos que no había visto, unas voces se alzaron en armonía. No eran voces humanas. Demasiadas cuerdas vocales, demasiadas capas de sonido, como un coro de cosas ahogadas cantando desde el fondo del océano.

Y entendió las palabras:

La hermana vuelve a casa
La sangre de la sacerdotisa despierta
Siete sacrificios entregados
Uno más para completar el pacto
Bienvenida a casa, hija
Bienvenida a casa

Corrió.

El pasadizo era demasiado estrecho, las paredes se cerraban, el aire se volvía más espeso. Podía oírlos detrás de ella: no eran pasos sino algo peor, algo que se movía a través del agua y de la piedra con la misma

facilidad, algo que llevaba siglos esperando en ese lugar a que volviera la sangre correcta.

Salió disparada de la cueva a una luz de tarde que parecía imposiblemente brillante después de la oscuridad. No dejó de correr. Trepó entre las rocas, estuvo a punto de caer dos veces, siguió avanzando hasta llegar al sendero del acantilado. Solo cuando alcanzó la cima, cuando el viento del mar le llenó los pulmones, se detuvo.

Se dobló, con las manos en las rodillas, intentando respirar. Intentando pensar.

Todavía tenía el teléfono en la mano. Todavía tenía batería. Todavía tenía las fotografías.

Abrió la imagen del símbolo. Ahí estaba, clara e innegable. Y en la esquina del encuadre, apenas visible en el límite del alcance del flash: una figura. De pie entre las sombras, más allá del altar. Demasiado alta para ser el cadáver. Demasiado quieta para estar viva en ningún sentido normal. Sus ojos habían captado el flash de la cámara y lo devolvían con ese mismo brillo opalescente que ella había visto en su propio reflejo esa mañana.

Y estaba sonriendo.

El teléfono vibró. Un mensaje de un número desconocido, en esa misma escritura imposible de las paredes de la cámara:

Te hemos estado esperando, hija de sacerdotisa. El séptimo sello requiere tu sangre. Vuelve al agua. Vuelve con nosotros.

Puedes huir. Tu abuela huyó. Tu madre huyó. Pero la sangre siempre vuelve a casa.

Somos pacientes. Hemos esperado nueve mil años. Podemos esperar a que dejes de huir.

Bienvenida a casa, hija.

Elara se miró las manos. Temblaban. Y a la luz de la tarde, solo por un instante, pudo verlo: el leve brillo de escamas bajo su piel.

Creciendo. Extendiéndose. Reclamándola.

La transformación había comenzado.

Y ya no quedaba ningún lugar adonde huir.

LA SERIE THE AWAKENED

¿Te gustó el capítulo?

SIGUE LEYENDO

The Atlantean Shadow · Libro Uno

Consigue el libro completo en Amazon →

LA HISTORIA CONTINÚA

The Rising Tide · Libro Dos · ya disponible

Consigue el Libro Dos en Amazon →

The Drowned Stars · Libro Tres · ya disponible

Consigue el Libro Tres en Amazon →

MIRA

The Monteer Files — crimen real en YouTube, con títulos y subtítulos en español

MonteerBooks — cómo se hacen los libros, con subtítulos en español

---

AYUDA A LA SERIE

Si leíste The Awakened, una reseña honesta en Amazon ayuda a que otros lectores la encuentren. Toma un minuto, y cuenta más de lo que crees.

Deja una reseña honesta →

Los libros están publicados en inglés. Esta muestra del capítulo uno fue traducida al español para los lectores de Latinoamérica.

BRIAN MONTEER

monteerbooks.com